2132

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EL CINTILLO PRODIGIOSO

CUENTO FANTASTICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE ZUMEL

MÚSICA DE

DON ANGEL RUIZ

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1895

3

EL CINTILLO PRODIGIOSO

OBRAS DRAMATICAS DE D. ENRIQUE ZUMEL

COMEDIAS

La pena del talion.
La capilla de San Magin.
El piloto y el torero.
El himeneo en la tumba.
Guillermo Sakspeare.
Una deuda y una venganza.
Enrique de Lorena.
Idem. (2.ª parte.)
La maldicion.
Un valiente y un buen mozo.
El gitano aventurero.
Un señor de horca y cuchillo.
La batalla de Covadonga.
Glorias de España.
Pepa la cigarrera.
8200 mujeres por dos cuartos.
Llegó en martes.
El traspaso.
El segundo galan duende.
En cojera de perro.
Vaya un lio.
Diego Corrientes. (2.ª parte.) (2.ª edicion.)
La gratitud de un bandido.
José María.
Quien mal anda mal acaba.
La voz de la conciencia.
El deseado Príncipe de Astúrias.
El hermano del ciego.
Tambien es noble un torero.
L. N. B.
Los guantes de Pepito.
Imperfecciones.
Un regicida.
Viva la libertad! (3.ª ed.
Ábrame usted la puerta. (2.ª edicion.)
El muerto y el vivo.
Laura.
Será este?
Si sabremos quién soy yo?
Las riendas del gobierno. (3.ª edicion.)
Doña María la Brava.
La hija del almogávar.
Otro gallo le cantara. (3.ª edicion.)
Batalla de diablos.
Un hombre público.
Un mancebo combustible.
Roberto el bravo.
La última moda.
Lo que está de Dios.
Una hora de prueba.
Cajon de sastre.
Oprimir no es gobernar.
Figura y contrafigura.
Los hijos perdidos.
El trabajo.
Prueba práctica.
Derechos individuales.
El robo de Proserpina.
No la hagas y no la temas.
Pasion y muerte de Jesús. (3.ª edicion.)
Astucias de un asistente.
Al que no quiere caldo la taza llena.
De doce á una.
El anillo del diablo.
La dama blanca.
La escala de la ambicion.
Un empréstito forzoso.
Batalla de ninfas.
El Nacimiento del Mesías. 2.ª edicion.)
Obrar bien, que Dios es Dios.
La leyenda del diablo.
La independencia española.
Un millon.
La montaña de las brujas.
Los locos de Leganés.
Guillermina.
La mejor venganza.
Por un suelto.
La hija del mar.
El correo de la noche.
Por dos millones.
Un predestinado.
La degollacion de los Inocentes.
Blanca Blandini.
He matado al mandarin.
El Vizconde de Commarin.
Francisco Richardo.
Gloria á Bilbao.
Quimeras de un sueño.
El manco de Lepanto.
Los bandos de Cataluña.
Pastor y lobo.
Bienes vitalicios.
El talisman de Ságras.
Las influencias.
Fieras domestica amor.
Copias del natural.
Los consuegros.
El Mesías.
El torrente milagroso.
El asistente Quiñones.
La Diosa de la tempestad.
Abismo sin fondo.
Tres contra uno.
El cintillo prodigioso.

ZARZUELAS

Vivir por ver.
Aquí estoy yo.
La casa encantada.
La isla de los portentos. (M.ª de Rogel.)
El carnaval de Madrid. (M. de Vilamala.)
Por huir de una mujer. (M. de J. Arche.)
La ley del embudo. (M. de Vilamala.
La condesa Diana. (M. de Sabater.)
El cinturon de Hipólita. (M. de J. Arche.)
Infraganti. (Id. del mismo.)
Dos damas para un galan (M. de M. Nieto y A. Llanos.)
Teoría y práctica. (M. de Taboada.)
Las dos llaves (M. de Taboada.)
Un lio en el ropero. (M. de Reig.) (1).
Los diablos del dia. (M. de Taboada.)
Venir por lana... (M. de Hernandez.)
¡Si era la otra! (M. de Reig.)
El Aya. (M. de T. Calamita.)
La comedia de Ubique. M. de Ruiz y Calamita.
¿Quién es el Calvo? M de Mangiagalli (2)
El Sansón de Alfajarin. (M. de L. Conrote

OBRAS NO DRAMÁTICAS

Los dos gemelos, novela.
El amante misterioso, novela.
Historia del Teatro.
La batelera, leyenda.
Amores de ferrocarril, leyenda.
El primer Borbón, novela (3).

---

(1) En colaboracion con Croselles.
(2) En colaboración con G. Merino.
(3) Se publicó en Manila.

EL CINTILLO PRODIGIOSO

CUENTO FANTÁSTICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE ZUMEL

MÚSICA DE

DON ANGEL RUIZ

Representado por primera vez, en el TEATRO MARTIN, el día 25 de Noviembre de 1893.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

PERSONAJES		ACTORES
AZUCENA	Doña	Dolores Díaz.
ESTELA	»	Esperanza Monedero.
EL GENIO	»	Amalia Ordoñez.
LA REINA DE LAS HADAS	»	Salomé Puchol.
HADA 1.ª	»	Petra Mora.
IDEM 2.ª	»	Ciriaca Orgáz.
PAÓLO	Don	Amtonio Galé.
STROZZI	»	Juan Espantaleón.
ASCANIO	»	Antonio Galván.
LUDOVICO	»	Arturo Beltrán.
SILVIO	»	Ubaldo Fernández.
ZÍNGARO 1.º	»	Alfredo Vergara.
IDEM 2.º	»	Francisco Dánvila.
HOMBRE 1.º	»	N. N.
IDEM 2.º	»	N. N.
UN CRIADO	»	Manuel Pérez.

Hombres, Mujeres del pueblo, Zíngaros, Zíngaras, Enanos, Hadas, Ninfas y Un Murciélago.

La acción se supone en Ascoli-di-Satriano, reino de Nápoles, al final del siglo XVII.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Calle larga. Un gran poste que juega á su tiempo junto al bastidor, segundo izquierda. Al alzarse el telón, baile de Zíngaras.

ESCENA PRIMERA

AZUCENA, ZÍNGARAS y HOMBRES y MUJERES DEL PUEBLO; concluído el baile, Azucena se adelanta con una bandeja pequeña.

HOMB. } ¡Bravo! ¡Bravo!
MUJ. }

AZUC. ¡Mis señores,
(Va presentando la bandeja y van echando cuartos.)
vayan echando monedas;
porque las Zíngaras bailan
alegres de puerta en puerta,
para ganar el sustento!

HOMB. 1.° ¡Por ahora, no tendrás queja!

AZUC. ¡No tal! ¡Y no sólo el baile
mi bolsa á menudo llena!
(Echándose los cuartos en el bolsillo.)
¡Digo la buena ventura,
y consulto las estrellas!
¡Yo sé el pasado, el presente,
(Aparece Ascanio escuchando.)

678378

y el porvenir! El que quiera
saber lo que su destino
bueno ó malo le reserva,
deme una lira de plata,
y sabrá lo que desea! (Pausa.)
¡Cómo! ¿Nadie se decide?
¡La cantidad es pequeña!
¿Y quién por poco dinero
no sabe lo que le espera?
(Todos se van retirando hasta dejarla sola.)
¡Ninguno se determina
y todos de mí se alejan;
ó temen mis vaticinios
ó carecen de monedas!

ESCENA II

AZUCENA y ASCANIO

ASCANIO (Avanzando hasta ella.)
¡Háblame, pues, del presente;
toma mi mano y empieza!
(Presentándole la mano derecha con una lira, que Azucena toma y se guarda.)

AZUC. Dejadme con este hidalgo.
Id á esperarme á la cueva.
¿Del presente nada más?
(A las Zíngaras, que se marchan.)

ASCANIO. ¡Veremos cómo te expresas;
que si quedo satisfecho
y es verdad lo que contestas,
preguntaré el porvenir,
y puede que así te crea!

AZUC. ¡Hola! ¡Le falta la fe!
¡Venga la mano, y atienda!
(Examinando las rayas de la mano.)
Aunque en edad ya madura,
esta línea me revela,
que estáis muy enamorado
de una beldad hechicera.
(Sorpresa de Ascanio.)
¡Que vais á casaros!... Pero

otra línea se atraviesa;
la joven os da su mano,
sacrificándose ella,
para salvar á su padre
del oprobio y la miseria.

ASCANIO. ¡Vive Dios, que tus palabras
me admiran!

AZUC. ¡Porque son ciertas!
¡La joven, ama á un galán,
por quien vida y alma diera;
pero es pobre, y á su padre
no puede salvar! ¡Con pena
cederá á vuestros deseos;
mas tornando de la guerra
sú amante, que vino ansioso,
es fácil que evitar quiera
la boda, que para siempre
sus esperanzas aleja!

ASCANIO. ¿Que vino su amante?

AZUC. ¡Sí!

ASCANIO. Esa noticia...

AZUC. ¡Es muy cierta!
¡En Ascoli-di-Satriano,
ya desde anoche se encuentra!
¡La boda no es muy segura,
y peligra su existencia!

ASCANIO. Dime, Zíngara, ¿conoces
al galán que Adora Estela?

AZUC. ¡Me parece que le he visto!

ASCANIO. Pienso, que con gente cuentas
que si fuera necesario
te ayude en alguna empresa.

AZUC. Veinte Zíngaros, que fieros
y arrojados, como á reina,
si les mando, me obedecen,
porque todos me respetan.

ASCANIO. Pues, bien. Si el capitán Paolo
logras de alguna manera,
que hasta que se haga mi boda
de Ascoli desaparezca,
ganaréis veinte mil liras.

AZUC. ¡La proposición me tienta!

¡Mas tengo que consultarla;
seguidme hasta la caverna,
donde mi gente de día
prudentemente se alberga,
y allí podremos tratar
con secreto y con prudencia!

ASCANIO. La expedición no me agrada.

AZUC. Entonces, con Dios se queda;
busque otra gente, que acaso
pueda encontrarla más cerca.

ASCANIO. ¡Cómo ha de ser! ¡Ya te sigo!

AZUC. Pues, vamos. No se detenga.

(Vanse por la izquierda y salen por la derecha.)

ESCENA III

PAOLO y STROZZI

STROZZI. Haces conmigo unas cosas
terribles. No tienes lástima
de este viejo que te quiere
y por servirte se afana.
Fiel servidor de tu padre,
cuando se arruinó tu casa,
huérfano y solo en el mundo
por tu desdicha quedabas.
Yo no quise abandonarte
y compartí tu desgracia.
Tú, por valiente, elegiste
la carrera de las armas:
yo te seguí por doquiera
aun en edad avanzada;
contigo pasé trabajos;
mas, por tu genio, te lanzas
en aventuras, y á mí,
sin dolerte de mis canas,
lo mismo que á un zarandillo
me llevas.

PAOLO. ¡Vamos! Ten calma
y espera.

STROZZI. ¿Qué he de esperar
más que desdichas y plagas,

si por loco rematado
ni aun sabes por dónde andas?
Hasta Ascoli-di-Satriano
venimos desde Toscana
sin descansar, sin dormir
y sin comer. ¿No reparas
en que el hambre me devora,
la debilidad me mata?

PAOLO. ¡Calla, Strozzi! ¿Quién se acuerda
de comer, ni quien descansa
cuando le roban la dicha
y el corazón le desgarran?

STROZZI. Tú me dijistes... «¡Strozzi!
vamos á partir; en marcha!»
Y partimos como rayos,
lo mismo que aquel que escapa
de enemigos que le siguen.
Y sin reparar en nada,
reventamos los caballos
y me reventó tal marcha;
¡así he llegado molido,
con sed; con hambre atrasada:
y á todo esto, sin saber
de tal excursión la causa.

PAOLO. Quiero que la sepas.

STROZZI. ¡Bien!

PAOLO. ¡Escucha, pues, esta carta
de mi bien idolatrado!
¡de mi Estela!

STROZZI. ¡Sospechaba
que causaba tu locura,
alguna cuestión de faldas!

PAOLO. (Leyendo.) «¡No me culpes, Paolo mío,
»ni me acuses de inconstante;
»yo te amo con desvarío;
»pero mi destino impío,
»desgarra mi pecho amante!
»¡Ascanio, es un acreedor
»de mi padre, y hoy alcanza
»valimiento; con furor
»porque rechacé su amor,
»ha pensado en la venganza!

»¡Demanda ante un tribunal;
»y aunque le suplico en vano,
»hará un embargo fatal;
»para el anciano, mortal,
»si no le entrego mi mano!
»¿Qué hacer, Paolo? aunque afligida
»yo, con el alma te quiero,
»sacrifico decidida
»nuestro amor, porque la vida
»de mi padre, es lo primero.
»¡Su esposa seré; al olvido
»da nuestra ardiente pasión;
»y aunque la dicha has perdido,
»al olvidarme, te pido
»que me tengas compasión!»
¿Qué te parece?

STROZZI. Comprendo
el efecto de esa carta;
¿pero qué piensas hacer?
Si tú careces de plata
para salvar á su padre
y á ella, nuestra rápida
venida, será inútil;
y esa boda...

PAOLO. ¡He de estorbarla!
¡por qué medio, no lo sé!

STROZZI. ¡Oh! ¡Lo primero que alcanza
mi magín, es que comamos,
porque al fin, cuando se halla
el estómago repleto,
la inteligencia se aclara!

PAOLO. ¡Calla, necio! ¡Lo que ahora
más necesita á mi rabia,
es matar al miserable
que la dicha me arrebata!

STROZZI. ¡Bien! ¡Y que luégo te ahorquen!
¡Debes buscar otra traza;
otro medio, sea cualquiera!

PAOLO. ¿A tí no te ocurre?...

STROZZI. ¡Nada!
¿quién tiene discurso hambriento?
(Paolo queda pensativo, mirando al suelo.)

PAOLO. ¡Como algún recurso hallara...!
STROZZI. ¡Amo mío, los recursos
en ayunas, no se hallan!
PAOLO. ¿Qué es aquello que allí brilla?
(Señalando al suelo.)
STROZZI. ¿Dónde? No veo....
PAOLO. ¿No? ¡Aguarda!
(Llega al sitio y recoge del suelo una sortija.)
¡Un cintillo!
STROZZI. ¡Qué precioso!
¿Quién ha perdido esa alhaja?
¡Si fuera de gran valor!
PAOLO. Espera, el polvo lo empaña;
lo froto con mi pañuelo, (Lo hace.)
á ver si las piedras...
(Se abre el poste y aparece el Genio. Los dos se asombran.)
STROZZI. ¡Calla!

ESCENA IV

DICHOS y EL GENIO

GENIO. ¡Aquí me tienes!
PAOLO. ¿Qué miro?
STROZZI ¡Bella figura!
PAOLO. ¿Estoy loco,
ó sueño?
GENIO. ¡No! ¡Que el cintillo
que has hallado, es un precioso
talismán; tú, por limpiarlo
lo frotaste, y de ese modo
en tu auxilio me has traído
desde un lugar muy remoto!
Soy un Genio que la Reina
de las Hadas, tuvo antojo
de que estuviera al servicio
del mortal que venturoso
esa alhaja poseyera,
y á tus órdenes me pongo.
STROZZI. (Si nos diera algunas lonjas

de jamón y unos bizcochos...)

PAOLO. ¡Cielos! ¿Qué es lo que me pasa?
¡yo no vuelvo de mi asombro!

GENIO. Ese talismán que hallaste
y levantaste del polvo,
la gran reina de las Hadas
le dió á un Mago, en testimonio
de su protección y aprecio;
pero descuidado, ó loco,
lo ha perdido esta mañana.
La Hada desde su trono
ve lo que pasa en el mundo;
y al saber que el torpe Astolfo
del talismán que le dió
se ha preocupado tan poco,
su protección le retira;
y le hace sentir su enojo,
proponiéndose amparar
y protejer, al dichoso
mortal que lo hallare; tú
lo has encontrado; me pongo
á tu orden: cuanto desees
puedes conseguirlo.

PAOLO. ¿Todo?

GENIO. ¡Sin duda! ¿Dí qué deseas?

PAOLO. ¡Necesito mucho oro
para pagar á un infame
que es avaro codicioso,
lo que el padre de mi amada
le debe: porque conozco,
que sólo de esa manera,
yo desharé el matrimonio
que exige, y recobraré
á la belleza que adoro!

GENIO. ¡Tendrás el oro que quieras!

PAOLO. ¿Es cierto?

GENIO. ¡Yo te lo abono!

PAOLO. ¡Al pensar en tal fortuna,
mi pecho estalla de gozo!

STROZZI. ¿Y á mí, que soy su criado
y siempre su suerte corro,
no me dará...?

GENIO. ¡Sí! ¿Qué quieres?
STROZZI. ¿Puedo pedir?
GENIO. ¡Pide pronto!
STROZZI. ¡Pues sólo quiero comer,
porque me tiene Paolo
en ayunas, y me caigo
de debilidad! ¡Con poco,
tengo bastante; un jamón,
media ternera, tres pollos,
unos besugos asados,
vino, frutas y bizcochos:
en fin, alguna friolera...
GENIO. ¡Corriente! Lo tendrás todo;
¡ve á la mansión encantada
del país de los gnomos!
STROZZI. (Hundiéndose por escotillón.)
¡Ay! ¡Que me traga la tierra!
¿Qué me sucede? ¡Socorro! (Desaparece.)
PAOLO. ¿Dónde lo mandas?
GENIO. ¡No temas!
¡Ileso llegará al colmo
de sus deseos! Ahora,
sígueme. Tendrás muy pronto
cuanto anheles.
PAOLO. ¡Sí! ¡Te sigo!
GENIO. Por aquí.
(Se lo lleva al trasto por donde salió; desaparecen y se cierra.)
PAOLO. ¡Seré dichoso!
(Mutación. Jardín. Estela sale pensativa, muy despacio, mientras la orquesta toca una melodía poética.)

ESCENA V

ESTELA

¡En jardines tan hermosos,
jamás esperaba yo,
que encontrase la amargura
este pobre corazón!
¡Bellas flores, que esparcís

vuestro aroma embriagador,
tened lástima de mí,
que nací para el dolor!
¡Un hombre infame! ¡Un malvado,
sin alma ni corazón,
perderá á mi infeliz padre,
si no sacrifico yo,
por salvarle en tal conflicto
con mi ventura, mi amor! (Cesa la melodía)

ESCENA VI

ESTELA y PAOLO

PAOLO. ¡Estela del alma mía!
ESTELA. ¡Oh, Paolo! ¿A qué has venido
para aumentar mi agonía?
PAOLO Tus pesares me decía
la carta que he recibido.
Ella hirió mi corazón
y vine aquí presuroso,
con gran desesperación,
á afrontar la situación
enamorado y celoso.
Mi intención era matar
con frenética locura,
á Ascanio sin vacilar;
al que me quiere robar
la esperanza y la ventura.
Pero, Estela, alegraté,
que la pena no taladre
tu corazón; ten más fe,
porque á Ascanio pagaré
lo que le debe tu padre.
Y libre del acreedor
que ocasiona su desdicha,
terminará su dolor,
y aprobando nuestro amor
confirmará nuestra dicha.
ESTELA. La cantidad es crecida,
y tú, Paolo, eres pobre;
no pagarás en tu vida

esa deuda maldecida,
aunque voluntad te sobre.

PAOLO. No temas, no. Yo te adoro,
y en tí mi dicha se aduna;
tengo, mi bien, mi tesoro;
tengo raudales de oro
que me ha dado la fortuna.

ESTELA. Pero ¿cómo puede ser?

PAOLO. Por ahora no te le explico,
que pronto lo has de saber.
Tu padre vamos á ver;
voy á hacerle libre y rico.
Así salvo nuestro amor;
guíame tú, dulce dueño,
y de tu padre y señor
calmaremos el dolor.

ESTELA. ¡Esto me parece un sueño!

(Mutación. Subterráneo. Sube Strozzi como aturdido por escotillón.)

ESCENA VII

STROZZI

¡Gracias á Dios que paré
y que al cabo veo la luz!
Lo mismito que una bala
disparada de un obús,
por el centro de la tierra
me ha impulsado Bercebú.
¡Siento un mareo terrible!
¡No sé donde estoy! Y según
me voy calmando, mis nervios
van tomando laxitud,
y como me hallo tan débil
me va á dar un patatús.
¡Y el Genio que me ofreció
darme de comer!... ¡Jesús
me valga! ¡Ya claro veo
donde me encuentro y no hay mus!
¡Estoy en un subterráneo!
Pero aquí no veo ningún

manjar que mate mí hambre,
que es mi tormento y mi cruz.
¡Nada! ¡Por aquí no hay nada!
¡Cuando yo, con prontitud,
sería capaz de comerme
aunque fuera un avestruz,
alguna pierna de vaca,
algún pedazo de atún,
y aun pudiera contentarme
con un poco de alajú,
unas migas con torreznos
ó una fuente de alcucuz!
Aquí viven los gnomos;
es más claro que la luz
que ellos deberán comer.
Debe guisarles algún
cocinero diminuto,
que acaso será un gandúl.
¡Mansión encantada
dijo el Genio! ¡Lo recuerdo! ¡Uf!
Más que hubiera encantamento
me importara un altramuz,
si me dieran de comer
por su mágica virtud.
¡Oh, Genio de alma más negra
que el mismísimo betún;
bien te has burlado de mí!
(Murmullos dentro.)
¿Qué miro? ¡Una multitud
de monigotes! ¡Ya oigo
de sus voces el rum-rum!
(Salen chicos corriendo y le rodean; traen trajes caprichosos y raros, barbas, bigotes y pelucas largas que les hagan grandes las cabezas, y en las manos matapecados.)

ESCENA VIII

STROZZI y los ENANOS

MÚSICA

ENANOS. Todos somos enanitos
chiquititos, chiquititos;
todos cucos y bonitos,
como bien claro se ve.
¡Pero qué desgraciaditos,
pobrecitos, pobrecitos,
por demás afligiditos
y llorando, como ves!
Pues la Zíngara
nos manda
que peguemos
sin dudar,
al incauto
que á este sitio
por acaso
llegue á entrar!
Y cumpliendo
su mandato,
¡mentecato!
¡zas! ¡zas! ¡zas!

(Le pegan todos con los matapecados: él quiere defenderse; corre de un lado á otro perseguido por ellos, que no dejan de pegarle y aturdirle.)

STROZZI. ¡Maldecidos!
¡que me pegan!
¿quién me libra?
ENANOS. ¡zas! ¡zas! ¡zas!
STROZZI. ¡Que me zurran!
¡Oh, dolor!
ENANOS. ¡Ya tienes bastante;
nos vamos! ¡Adiós!

(Se van corriendo por distintos lados.)

ESCENA IX

STROZZI

HABLADO

¡Me han deshecho las costillas!
¡Me han descuadernado el cuerpo!
¡Demonios deben de ser
esos feroces muñecos!
¡Ay, de mí! ¡Que se ha burlado
de mis pesares el Genio!
¡Donde pensaba comer,
una tunda sólo encuentro!
¡Tengo hambre y tengo sed;
pero ni una mesa veo, (Aparece una mesa.)
ni... ¡pero calle! ¡Hay una mesa!
¡bueno, bien! ¿Y qué tenemos?
¡la mesa no tiene nada!
(Se presenta en ella un espejo.)
¡Vamos, sí, tiene un espejo!
¡será para que me vea
la triste cara que tengo!
(Se mira y aparece en el espejo la cabeza de un toro.)
¡Caracoles! ¡Si es un toro
lo que se ve en el espejo!
¡Ay, de mí! ¡Cómo se burla
de mis angustias el Genio!
¡Nada de comer, ni agua,
y tengo una sed!...
(Se transforma la mesa en tina.)
¡Qué veo!
¡Si me dan el agua en tina!
¿hay paciencia para esto?
Si al menos fuera una fuente,
la bebiera desde luego.
(Se tranforma la tina en fuente.)
(Hola! ¡ya tenemos fuente;
ya puedo beber y bebo!
(Va á beber y brota fuego en vez de agua.)

Mas ¡caramba! ¡Que no es agua
lo que echa! ¡No! ¡Que es fuego!
¡Vaya una fuente graciosa!
¡Lo que me pasa es horrendo!
¡Esto es mágia de la Zíngara
que los enanos dijeron!

ESCENA X

STROZZI y AZUCENA

AZUC. ¿Quién, con voz tan compungida
y angustiosa, me ha llamado?
Strozzi, si fuíste tú...
STROZZI. ¿Me conoces?
AZUC. ¡Cierto!
STROZZI. ¿Acaso
serías tú la hechicera
que dijeron los Enanos?
AZUC. ¡Yo soy la Zíngara!
STROZZI. ¡Bien!
¡Es la verdad! ¡Yo te llamo!
Me dijeron que tú ejerces
la magia, ¿es cierto?
AZUC. ¡Es exacto!
Puedo trocar las cabañas
en opulentos palacios;
seco caudalosos ríos,
los altos montes allano;
yo las tormentas provoco,
yo puedo lanzar los rayos.
Y supuesto que me llamas,
¿qué exiges de mí? ¡Veamos!
STORZZI. ¡Nada de tantos prodigios
ni tan terribles encantos!
¡Sólo que me saques libre
de este tenebroso antro;
que me des algo que coma
y terminen mis trabajos!
AZUC. ¡Si he venido para eso!
Yo te conozco hace años.
STROZZI. ¿Que me conoces? Es cierto,
¡pues sabes cómo me llamo!

AZUC. Hace tiempo; yo era niña,
tú aún eras un mozo guapo.
STROZZI. ¡Ya creo que me has conocido!
AZUC. Ahora estás desfigurado.
STROZZI. ¡Con los trabajos y el hambre...!
AZUC. Cierto; además, con los años...
Y al ver que tanto padeces,
pobre, mísero y anciano,
ya dispuesta á dar alivio
á tus pesares me hallo.
STROZZI. ¿Y me darás de comer?
AZUC. Si tú aceptas de buen grado
la protección que te ofrezco,
te llevaré hasta un palacio
en donde ricos manjares
te den aliento, y descanso
encuentres en los mullidos
almohadones que preparo,
para que duermas tranquilo
sin zozobras ni cuidados.
STROZZI. ¡Bien! ¡Tu protección acepto!
¿Pero estará allí mi amo,
mi joven señor y amigo?
AZUC. ¡Allí estará! ¡Conque vamos!
¿Me sigues?
STROZZI. ¡Sí que te sigo;
guía tú!
AZUC. Me llevo al criado,
que así me conviene ahora;
que después, llevaré al amo.
(Mutación. Salón gótico corto: sube un sillón en el escotillón de la derecha.)

ESCENA XI

PAOLO; después AZUCENA

PAOLO. ¡Mañana logro mi dicha!
¡Mi anhelado casamiento,
al cabo de tantos sustos,
va á tener cumplido efecto!
Estoy cansado; he tenido
que dar tantos pasos... ¡luégo

á ese condenado Strozzi
por ninguna parte encuentro!
¡Pero al fin, de mi adorada
voy á ser el feliz dueño!
A nuevas contrariedades
que me lo impidan, no temo,
mientras la sortija mágica
pueda ostentar en mi dedo.
(Queda medio dormido en el sillón, con la cabeza apoyada en la mano. Azucena sale, sin ser vista por él.)

AZUC. (El perjudicar á Estela,
por mi fe que ya lo siento:
pero estoy comprometida,
y retroceder no puedo.
Fingí para introducirme
en este palacio, pero
ahora me pesa, á fe mía,
este astuto fingimiento.
¡Paolo allí! ¡Duerme quizá!
¡Hay que asegurar su sueño!
(Música: melodía alegórica á la situación, piana: saca una varita dorada, y hace circulos: sale un Murciélago enorme, que se coloca detrás del sillón en que está Paolo, y bate sus alas pausadamente sobre él, que sentirá los efectos del magnetismo: sigue la melodía.)

PAOLO. (Dormitando.) Se me turba... la razón...
y yo... no sé... lo que siento...
¡mi frente... pesa!... ¡Mis párpados...
no puedo... abrir... aunque quiero!
(Queda completamenco dormido: se marcha el Murciélago: cesa la melodía.)

AZUC. ¡Está como si un narcótico
le hubiera postrado! Puedo
ya sin que me sienta... ¡Así!
(Llega él y le quita la sortija del dedo.)
¡El cintillo! ¡Ya le tengo!
Al Mago lo restituyo;
así cumplo su precepto.
Ahora tendré encadenado
á mis caprichos al Genio

que siempre estuvo en mi contra.
¡Será mi triunfo completo!

(Vase: Paolo, dormido en el sillón, se hunde por escotillón. Salón regio: dos armarios de transformación. Un escudo sobre un pedestal, y otro pedestal alto, que tiene encima un grupo de hachas de guerra: un armario tendrá cascos, y otro arcabuces. Mutación.)

ESCENA XII

STROZZI

De aquel subterráneo lóbrego
pude abandonar los ámbitos,
gracias á un fuego estratégico
y al modo de correr rápido.
Para emprenderlo con ímpetu,
hice un esfuerzo titánico,
y libre por ahora encuéntrome
de aquellos seres satánicos.
Buscando á mi amo, diríjome
falto de aliento y de ánimo,
con semblante cadavérico,
invadido por el pánico,
pues mi miedo llega al límite,
y aseguro... ¡voto al chápiro!
que aún de los Zíngaros pérfidos
me tiene el temor tan lánguido,
que temo que pronto el túmulo
cubrirá mi cuerpo cándido,
haciendo que, triste víctima,
termine con un fin trágico.
En este palacio cuélome,
mas como en él no soy práctico,
por más que corro solícito
de estos salones los ámbitos,
no encuentro á Paolo, y tristísimo
por este enredo fantástico,
tengo perdida la brújula,
y sufro tormento máximo.
Pero, ¿quién viene? Dos Zíngaros,
que me parecen dos sátiros,
por feos, por estrambóticos,

por horribles y antipáticos.
¡Sin duda vienen buscándome!
¡Yo voy á esconderme rápido,
que tengo un miedo mayúsculo
á esos seres quirománticos!
(Se esconde detrás de un trasto.)

ESCENA XIII

STROZZI, oculto; LUDOVICO y SILVIO

LUD. Al amante venturoso
ya en seguridad tenemos,
y ahora salvarlo no puede
con sus prodigios el Genio.
El *cintillo prodigioso*
no puede favorecerlo.
Ahora falta apoderarnos
de Estela, y pronto lo haremos.

SILVIO. Nuestra gente ha penetrado
en este palacio regio,
y los unos y los otros
buscando, la encontraremos;
no nos podrán impedir
que de aquí nos la llevemos.
Pero estas armas, acaso
llevárnoslas fuera bueno;
no les sirvan á la gente
del palacio para hacernos
frente con ellas.

LUD. No temas:
no conviene que ese peso
al emprender la jornada,
sobre nosotros llevemos;
á más, cuando llegue el caso,
no les dejaremos tiempo
para venir á buscarlas.

SILVIO. Pues vamos sin detenernos
á buscar á Estela.

LUD. ¡Vamos!
¡Ascanio dará buen premio,
cuando á los dos prometidos
en su poder entreguemos! (Vase.)

ESCENA XIV

STROZZI

¡Introducidos aquí
esos bandidos! ¡Yo tiemblo;
y gracias que aquí escondido,
por fortuna no me vieron.
¡En poder de ellos mi amo!
¡Mas de su infame proyecto
debo avisar! ¡Esas armas,
dicen que no tendrán tiempo
de venir por ellas, para
defenderse con denuedo!
Yo se las voy á llevar;
cojo los cascos primero.
(Cuando va á coger los cascos, se tran forman en ollas y pucheros.)
¡Pero, qué es esto, Dios mío!
¡Si son ollas y pucheros!
Alguna cacharrería
pudieron poner con ellos.
Pues les llevaré arcabuces,
mejores los considero
para poder defenderse,
porque son armas de fuego.
(Va á coger los arcabuces y se transforman en escobas.)
¡Si son escobas! Muy poco
se defenderán con esto,
que acaso está haciendo falta
en algún Ayuntamiento.
¡Todo! ¡Todo está embrujado!
Pero este escudo á lo menos
á alguno podrá cubrir
en el combate sangriento.
Voy á cogerlo y llevarlo:
(Lo va á coger y se transforma en violón.)
¡Pero si es un violón, cielos!
Por más que yo lo procuro,
nada puedo hacer por ellos.

Pero quedan esas hachas
de armas; fuera un refuerzo
muy útil, porque con ellas
les darán golpes tremendos.
¡Sí, sí! Será lo mejor;
con ellas cargo, y las llevo.
(Va á cogerlas: las hachas y el pedestal se transforman en un dragón, arrojando fuego por la boca.)
¡Ay! ¡Que me abraso! ¡Socorro!
¡Es un monstruo del infierno!
(Vase huyendo. Mutación. Calle corta.)

ESCENA XV

STROZZI; después EL GENIO

STROZZI. ¡Aún no me juzgo seguro
ni en la calle! ¡Yo no puedo
salvar á la pobre Estela!
¡Se ha conjurado el averno
contra ella, contra mí,
contra mi amo! Yo creo
que me van á volver loco,
esos mágicos enredos.
¡Esto ya me desespera!
Mas, ¿quién se acerca? ¡Es el Genio!
¡Esto sólo me faltaba!
GENIO. ¿Me temes?
STROZZI. ¡Pues ya se ve!
¡Y lo pregunta! ¡Qué gracia!
A un anciano triste, hambriento
que desfallecido hallas,
le dices que pida, y pide
los manjares que le faltan
para reanimar sus fuerzas
por demás debilitadas,
y haces que la tierra al punto
con velocidad se abra,
y ruede por los abismos,
hasta que molido caiga,
en obscuro subterráneo
donde manjares no halla,

sino unos Enanos viles
que atrevidos le maltratan;
y ahora, al ver que se asusta
de encontrarte, con gran calma
le preguntas si te teme.

GENIO. ¡Fué una broma!

STROZZI. ¡Muy pesada!

GENIO. Es verdad; mas ahora, escucha,
que es serio lo que se trata.

STROZZI. ¿Acaso es cosa de risa
mi queja, que es muy fundada?

GENIO. ¡Atiende! El Mago y la Zíngara
hicieron pacto, y la trama
urdieron para quitarle
á Paolo aquella alhaja;
¡el cintillo prodigioso
que su amparo le prestaba!
Mas como yo me revelo
al conocer tal infamia,
y no he de servir sumiso
á esa gente depravada,
voy al punto á recurrir
á la Reina de las Hadas,
para pedirla su amparo
contra ellos. Extremada
es su justicia, y espero
que atenderá á mi demanda,
para que á Paolo y Estela
pueda salvar.

STORZZI. ¡Sí, sí! ¡Marcha!
Si eres el Genio del bien,
deja las bromas pesadas;
mira por ellos, y á mí
no me olvides. Por desgracia,
sufriendo estoy á menudo
unos chascos que me espantan.

GENIO. Si quieres pedir justicia
y ver á la soberana...

STORZZI. ¡Sí que quiero!

GENIO. ¡Ven conmigo,
que á su fantástica estancia
te llevaré, y en su corte

del gran reino de las Hadas,
el alivio de tus males
hallarás.

STORZZI. Si no me engañas
como antes...

GENIO. ¡No! ¡Te juro
que no hay engaño ni farsa!
Te llevaré ante la Reina
que te hará justicia. ¡Anda!

STROZZI. ¡Corriente! ¡Te sigo! ¡Vamos!

GENIO. ¡Pues en marcha pronto!

STROZZI. ¡En marcha!

(Mutación. Jardín fantástico: la Reina de las Hadas aparecerá en alto, en trono fantástico, dominando el cuadro formado por grupos de Hadas y Ninfas.)

ESCENA XVI

LA REINA DE LAS HADAS, HADAS y NINFAS.

Gran baile.

REINA. ¡Mucho me duele, hijas mías,
cuando alegres me festejan,
porque estando el reino mío
en un estado que aterra,
sólo pensáis en reñir,
ó en estar de danza y fiesta!
¡No pensáis en nada serio,
y esta conducta me apena!
De provecho, nada hacéis;
cuando al Congreso se llega,
todos son grandes discursos,
pero con el mismo tema.
—¡Tú eres mala!—¡Tú también!
Todas en cara se echan
sus faltas y sus errores,
para que el mundo los sepa
y sepa que son iguales
cuando mandan todas ellas.
¿De qué sirve tanto hablar
y tantas palabras huecas?

HADA 1.ª Para evitar que se trate
de lo que al reino interesa.
REINA. Y fuera de esto, banquetes,
ó danzas ó peloteras.
HADA 2.ª ¡En cuanto me hagas ministra,
verás cómo todo cesa!
HADA 1.ª Es que esa marcha política,
es muy propia de esta época:
hacer cosas de provecho,
es moda antigua y plebeya.
REINA. ¡El Genio, con un mortal,
hacia este sitio se acerca!

ESCENA XVII

DICHAS; EL GENIO y STROZZI

GENIO. ¡Excelsa Reina de las bellas Hadas
que el poeta creó en su fantasía;
las que al mal como al bien ya dedicadas,
unas son de la noche, otras del día;
que á su misión eterna consagradas,
si una tormento da, la otra alegría!
Pero á tí que condenas la malicia,
yo postrado á tus pies, pido justicia.
(Se arrodilla: la Reina le indica que se levante.)
REINA. Y sé por qué razón, Genio querido;
sé que el cintillo bello y prodigioso
han robado á tu joven protegido,
usando aleves de artificio odioso.
A tu carácter, sé, no es permitido,
favorecer al pérfido alevoso;
y aunque de tal misión por mí encargado,
de cumplirla te encuentras relevado.
Eres Genio del bien, parte á la tierra;
no obedezcas al Mago que ahora tiene
el talismán perdido; hazle la guerra,
porque tenga el castigo, me conviene;
sucumba la malicia que en sí encierra;
y para deshacer lo que ya hizo,
en pro del bien, yo Genio, te autorizo.
¡Mis poderes te doy; haz los prodigios

que para el caso necesarios sean;
doquiera que del mal halles vestigios,
que destruirlos con afán te vean:
evita entre los buenos los litigios;
otórgales la dicha que desean,
y que sufran castigos muy severos,
malos Magos y osados bandoleros.

GENIO. Gracias, Reina, pues voy autorizado
y por tanta bondad favorecido,
por tu grande poder patrocinado,
á la empresa me lanzo decidido.
Ni Mago en las maldades empeñado;
ni Zíngaro fatal y vil bandido
en la lóbrega noche ni en el día,
se librarán de la justicia mía.

REINA. Al mortal que te acompaña,
¿qué le trae ante mi vista?

STROZZI. Señora, ante su grandeza,
yo también pido justicia.
Me traen como á un zarandillo
los Zíngaros y la Zingara,
y me pasan unos chascos
que me espantan y horripilan.

REINA. Cuando el Genio desbarate
los planes y las intrigas
de los malos; cuando anule
sus magias y brujerias,
estarás libre de todo
lo que ahora te mortifica.

STROZZI. ¡Oh, gracias! Esa esperanza
ya me devuelve la vida.
(¡Ay! ¡Si cuando yo era joven
hubiese visto á estas Ninfas!)

REINA. (Al Genio.) Mis facultades te doy.
¡Seguidme, vasallas mías!

(Vanse el Genio y Strozzi. La Reina baja del trono. Marcha, en la orquesta. Desfilan las Hadas y las Ninfas, y se van. Mutación. Subterráneo.)

ESCENA XVIII

AZUCENA y LUDOVICO

LUD. ¿Qué me dices, Azucena?
¿Tú dejarnos?
AZUC. ¡Yo dejaros!
¡No es propia de una mujer
esta vida que llevamos!
¡De ser jefe de bandidos,
por mi fe, que ya me canso!
¡El más bravo de vosotros,
es el que debe mandaros!
Y á esos dos pobres amantes
que tenemos encerrados,
darles quiero libertad.
LUD. ¡Eso, nunca! ¡Por el diablo!
¡Perderíamos el precio
que por ellos dará Ascanio!
AZUC. ¡Es mi voluntad!
LUD. Supuesto
que te propones dejarnos,
que ya no eres nuestro jefe,
nosotros nos rebelamos.
Y no puedo comprender
cómo tú, que le has robado
ese mágico *Cintillo*,
para devolverlo al Mago,
y que á los tristes amantes
pusistes en nuestras manos,
ahora, de pronto, demuestres
ese empeño en libertarlos.
AZUC. Yo penetré en el castillo,
donde estaban preparando
su boda, con una astucia...
A Estela hablé; me ha encantado
su ternura y su bondad.
Si pude llevar á cabo
el robo del talismán,
causándola mucho daño,
fué por vengarme del Genio
y tenerlo á mi mandato,

y porque antes de hablarla,
ya mi palabra había dado.
El Mago tomó la prenda;
quiso usarla, pero en vano;
que la virtud que tenía,
la Hada se la ha retirado.
Así, ya el pleito perdido
está para el vil Ascanio,
porque la justicia humana,
sin poder extraordinario
que le ayude y le proteja,
arrancará de sus manos
á sus víctimas...

LUD. De eso
tenemos poco cuidado;
la cantidad ofrecida
vendrá muy pronto á pagarnos;
y esos dos presos, nosotros
á él debemos entregarlos.

AZUC. ¡Yo me opongo!

LUD. Pues olvidas
el cariñoso cuidado
con que te hemos atendido
desde niña; que entregamos
en tus manos de mujer
de toda la banda el mando,
y que, ingrata, te propones
marcharte y abandonarnos,
¡no te obedezco! Ahora mismo
le diré á nuestros hermanos
lo que pasa, y á esos presos,
antes que libres dejarlos,
Azucena, yo te juro
que los hacemos pedazos.

ESCENA XIX

AZUCENA; después STROZZI y DOS ZÍNGAROS; luégo PAOLO y ESTELA

AZUC. Y lo harán como lo dice;
pero es preciso evitarlo.

Si pudiese antes que vengan...
también de su encierro guardo
otra llave; ¡en el momento
voy á abrir! ¡Quiero salvarlos!
(Se va á dirigir á la derecha, se oyen voces, y se para: salen Strozzi y dos Zíngaros.)

ZING. 1.° ¡Adelante!

AZUC ¡Qué! ¿Qué es eso?

ZING. 1.° Que otra vez hemos hallado
muy cerca de nuestro asilo
á este estúpido espiando.

STROZZI. ¡No tal! ¡Yo no soy espía!
Me dijeron que mi amo
y la señorita Estela
están aquí secuestrados...

ZING. 1.° ¡Y viniste con el fin
de saber si es cierto! ¡Vamos!
Este viejo no es seguro,
Azucena; es necesario
librarnos de él cuanto antes;
que muerto, no canta el gallo.

AZUC. Salid para vuestros puestos;
yo de este viejo me encargo.

ZING. 1.° ¡Es que es pájaro de cuenta!

AZUC. ¡No cantará, no hay cuidado!
(Vanse los Zíngaros.)

STROZZI. ¡Me escabechan de seguro!
¡No me es posible evitarlo!
¡Las promesas de la reina
y del Genio, fracasaron!
¡Ya seguro me creía!
Esta Zíngara...

AZUC. ¡Ten ánimo!
¡Os quiero salvar á todos!
Espera.

STROZZI. Me tentó el diablo,
para volver á caer
otra vez entre las manos
de esos caribes, y en este
horroroso subterráneo.
La protección de la Reina
y del Genio no las hallo,

y temo, por mi desdicha,
que de esta vez no me escapo.
(Salen Azucena, Estela y Paolo.)

AZUC. ¡Salid! Yo arriesgo gustosa
mi vida para salvaros;
¡pero no hay que perder tiempo!

ESTELA. ¡Gracias!

PAOLO. ¡Gracias!

STROZZI. ¡Oh! ¡Mi amo!

PAOLO. ¡Strozzi!

AZUC. Vámonos pronto,
que aún no sé si hallaré paso.
Todavía me obedecen
los que están por este lado;
pero si vienen los otros,
todo se ha perdido. ¡Vamos!

ESTELA. ¡Azucena! ¡Dios te premie!
(Se dirigen los cuatro á la puerta de la izquierda, y se presentan los Zíngaros.)

ZING. 1.° ¡Atrás!

AZUC. ¡Cómo!

ESTELA. ¡Cielo santo!

ZING. 1.° ¡De aquí no salen los presos!

AZUC. ¡Soy tu jefe! ¡Yo lo mando!

ESCENA XX

DICHOS; LUDOVICO y ZÍNGAROS, por la derecha.

LUD. ¡Ya no es tu jefe Azucena!

PAOLO. ¡Somos perdidos!

STROZZI. ¡Horror!

LUD. ¡La que quisimos cual hija,
ahora nos hace traición!
¡Nos vende! ¡Nos abandona!
¡A Ascanio le delató,
y cuando á pagar venía,
en la emboscada cayó
de los esbirros!

AZUC. ¡Es falso!
¡No le he delatado yo!

STROZZI. (¡Yo he sido, pero lo callo!)

LUD. ¡Aunque nos cause dolor,
ya sabéis cómo castiga
nuestra regla la traición!
¡Muera Azucena!
ZINGS. ¡Muera!
ESTELA. ¡Cielos!
LUD. ¡Mueran los presos!
STROZZI. (A Paolo.) (¡Señor,
ha llegado la de vámonos!)
PAOLO. ¡Dadme un arma, con que yo
pueda defenderme al menos!
STROZZI. (¡Buenas armas te dé Dios!)
AZUC. Al pasar entre vosotros
una vida de baldón,
aprendí á arrostrar la muerte
sin zozobra y sin temor,
con la sonrisa en los labios
y tranquilo el corazón.
¡Pues bien! ¡Si os juzgáis capaces
de herirme en vuestro furor,
hé aquí mi pecho! (Adelantándose.)
ESTELA. ¡Azucena!...
AZUC. ¡Heridme sin compasión!
LUD. ¡Como mueren los traidores,
morirás con esos dos! (Por Estela y Paolo.)
STROZZI. (¡Ay! ¡Que se olvida de mí!)
LUD. Y á ese otro...
STROZZI. (¡Me recordó!)
LUD. ¡Hacedle cuartos!
STROZZI. (¡Qué bárbaro!)
LUD. ¡A ellos!
ZINGS. ¡A ellos!
ESTELA. ¡Qué horror!

(Se van á lanzar sobre los cuatro: trueno grande: todos se sorprenden. Mutación. Apoteosis brillante. El Genio, Hadas y Ninfas.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; EL GENIO, HADAS Y NINFAS

GENIO. ¡Atrás!
TODOS. ¡Cielos!

GENIO. ¡Que la Reina
de las Hadas, con amor
los libra de vuestras manos
y les da su protección!
¡Paolo! ¡Estela! Desde ahora,
sin peligros ni dolor,
gozaréis de la ventura
que os proporciona el amor.
Azucena, has redimido
tu vida de maldición,
y vivirás con Estela,
como tu amiga mejor. (A los Zíngaros.)
¡Vosotros, huíd, porque pronto
seréis perdidos sinó!
¡Los esbirros del Estado
en vuestra persecución
vienen ya!

STROZZI. ¡Bravo! ¡Me alegro!

LUD. ¡Vamos! ¡Todo se perdió!

(Se van los Zíngaros por distintos lados.)

ESTELA. ¡Paolo!

PAOLO. ¡Mi Estela!

STROZZI. ¡Amo mío!

ESTELA. ¡Amiga querida!

AZUC. ¡Oh!
Al cambiarse mi existencia,
se cambia mi corazón.

MÚSICA

Las bailarinas forman grupos mientras dice el Genio.

GENIO La dicha reemplace
al susto y terror;
el bien ha triunfado,
el mal sucumbió.
Felices por siempre,
pues todo acabó,
gozad las delicias
que os brinda el amor.

FIN

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.